

### 3. La misteriosa vida de los libros: El ejemplar número 125 de *Poemas humanos* (1923-1938), de César Vallejo

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ  
*Universidad de Zaragoza*

*Una obra, una misión, es un tirano que no admite ningún  
desfallecimiento en su servidor.*  
(Georgette de Vallejo)

Los libros entran y salen en las vidas de los lectores —al igual que las personas— por los caminos más inesperados. La mayor parte pasan por su lado unos instantes, invisibles, otros los acompañan un tiempo y una parte, en fin —habitualmente unos pocos—, llegan para quedarse para siempre. Aleatoriamente. A unos se les elige, otros te eligen. Como las personas, insisto. Misteriosamente.

Entre los libros que han llegado a mi vida sin esperarlos se cuenta un ejemplar de *Poemas humanos* (1923-1938), de César Vallejo, de

la edición príncipe de 1939. Se ha instalado en mi desordenada biblioteca y reclama mi atención de cuando en cuando. Ha venido para quedarse para siempre. Ninguna otra edición del poeta peruano se ha metido en mi vida con tanta fuerza silenciosa. Ni siquiera la singular edición de *España, aparta de mí este cáliz. Poemas*, con toda su enérgica protesta contra el cainismo español, ha logrado hacerse un lugar similar. Después de todo, no es sino una parte de la colección anterior, aunque rodeada de unas circunstancias editoriales e históricas también excepcionales.<sup>1</sup>

Venero, eso sí, el retrato que preside este volumen y los otros dos que hizo del poeta peruano Pablo Picasso. Solamente su retrato de Antonio Machado, realizado para el cartel y para la cubierta del cataloguillo de la exposición parisiense de homenaje que le hicieron artistas españoles e hispanoamericanos en 1955, suscitan en mí emociones parecidas.<sup>2</sup> Desprenden todos ellos una fuerza interior enorme y son excepcionales ejemplos de la *melancolía moderna*: son retratos de hombres que empeñaron toda su vida en mejorar la condición del hombre, realizados por uno de nuestros grandes pintores, comprometido con su tiempo y sabedor de sus limitaciones. En sus cabezas inclinadas y en su ensimismamiento se muestra la distancia entre el ideal soñado y la realidad lograda. Son ejemplos de la tradición moderna en que la uno quisiera insertarse, incluyendo todas sus nostalgias junto a sus muchas aspiraciones.

Hurgo en mi memoria tratando de rescatar mis lecturas de Vallejo y solo *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922) —buscados y leídos

- 
- 1 Cesar Vallejo (1894-1938), *España, aparta de mí este cáliz. Poemas* (prólogo de Juan Larrea; dibujo de Pablo Picasso). Soldados de la República fabricaron el papel, compusieron el texto y movieron las máquinas. Ediciones Literarias del Comisariado. Ejército del Este. Guerra de Independencia. Año de 1939. En su colofón se indica: “De esta edición se han hecho 1.100 ejemplares. De estos se han numerado 250, y los restantes sin numerar. Se terminó su impresión el día 20 de enero de 1939”. Mi ejemplar es naturalmente una edición facsímil del rarísimo ejemplar conservado en el Monasterio de Montserrat, con un “Epílogo: España, aparta de mí este cáliz”, de Alan E. Smith. Madrid, Ardora Ediciones, 2012. Como se recordará, en aquella mítica aventura editorial, comandada por Manuel Altolaguirre, se editaron también otros dos emotivos y solidarios homenajes a la ya casi vencida República: *España en el corazón*, de Pablo Neruda, y *Cancionero menor para los combatientes*, de Emilio Prados.
  - 2 *Hommage des artistes espagnols à Machado. Exposition, peinture, sculpture, du 4 à 24 février, 1955. Maison de la Pensée Française, Paris, Imprimerie Vogue, 176, Quai de Jennes.*

con pasión en mis años mozos— ocuparon un lugar singular en mi mundo. Pero duraron poco: dejó pronto de interesarme el engolado lenguaje tardomodernista del primero y seguramente no llegué a penetrar en el alcance vanguardista del segundo. Como lector, uno se pasa la vida dando palos de ciego y pocas veces acierta en el blanco. No recuerdo gran cosa de aquellas lecturas. Ahora viven en un trastero con varios miles de libros más que he ido guardando allí con el correr de los años, incluidas otras —pocas— ediciones de César Vallejo.<sup>3</sup> Por mi cabeza a veces descubro algún verso suyo memorizado, pocos: “Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!”; o “Me moriré en París con aguacero...”.

Amo los libros, pero no soy bibliófilo. Quiero decir que no concibo mi vida sin libros, pero nunca he sido un coleccionista exquisito. La mayor parte de los que he leído ha sido por mi pasión lectora o a causa de la realización de los diferentes trabajos literarios en que se ha consumido la mayor parte de mis años. Como amo los libros, los conservo una vez usados y pocas veces me he desprendido voluntariamente de una parte significativa de ellos. Bueno, últimamente, sí, porque hay que ir aligerando el equipaje.

Así que algo debe tener este libro póstumo de Vallejo para que se haya asentado con tanta fuerza en mi vida. Quizás se deba a la manera en que llegó a ella, acaso a la peculiaridad de su vida editorial y a su casi nula difusión primera.

Hace algunos años, Rosa Martínez, una alumna mía de mis primeros años como docente universitario, vino a mi despacho con la intención de realizar su tesis doctoral sobre César Vallejo. Convivía con su obra de una manera especial desde hacía muchos años. En nuestra conversación acerca de los motivos de su gran interés por el poeta peruano, salió a relucir el nombre de una tía suya —siento no recordar ahora su nombre—, que había sido buena amiga de César Vallejo y de su esposa Georgette Philippart Travers —de casada, Georgette de Vallejo, como le gustaba firmar hasta su muerte, el 4 de

---

3 Les he hecho una visita antes de ponerme a escribir estas páginas. Ahí están los libros, fieles y amarillentos, esperando la mano de nieve que entreabra sus páginas: César Vallejo, *Los heraldos negros*, Buenos Aires, Losada, 1972; *Trilce*, Buenos Aires, Losada, 1961. Algunos tomos de los ocho volúmenes de las *Obras completas*, Barcelona, Laia, 1976 y siguientes. Los hojéo y veo versos subrayados, pero apenas anotaciones.

diciembre de 1984—. Se habían casado en enero de 1929, en París, y juntos vivieron sus difíciles últimos años. Ya fallecido el poeta en 1938 y editado el libro, al marcharse a Perú su viuda, le regaló una maleta llena de ejemplares, pues apenas se había distribuido más que entre los amigos del poeta. Y fue así como llegó a Zaragoza una parte notable de aquella de por sí corta edición.

Ni que decir tiene que aquella fantástica historia me llamó la atención y decidí averiguar algo sobre aquel libro, para mí hasta entonces desconocido. No tardé en saber de su importancia y de su rareza, que lo convierten en pieza muy codiciada por los bibliófilos. Se lo hice saber a Rosa, para que administrara con prudencia los ejemplares que le quedaban —siete u ocho, si no recuerdo mal—, siendo consciente incluso de su valor material.

Unas semanas después, en otra de nuestras entrevistas, Rosa me sorprendió con un gesto de una generosidad que nunca olvidaré: me regaló uno de aquellos ejemplares, el número 125, que motiva ahora estas líneas. Teniendo en cuenta la corta tirada de la edición —tan solo doscientos setenta y cinco ejemplares numerados y ocho más en tirada especial— y su azarosa distribución, salta a la vista su rareza.

En el colofón se indica: “Se acabó de imprimir este libro, primera y única edición de los versos inéditos de César Vallejo corregida y revisada por Georgette de Vallejo y Raúl Porras, el 15 de julio de 1939, en ‘Les Presses Modernes’ sitas el Palais Royal, Paris, Francia”.

Habían pasado exactamente tres meses desde la muerte del poeta en la clínica Arago de París, el 15 de abril de 1938. Era Viernes Santo y llovía tenuemente sobre la ciudad, como él había profetizado: “Me moriré en París con aguacero...”. Este verso, que circula por mi cabeza desde hace años, lo he comprendido solo leyendo esta edición de *Poemas humanos*, al conocer mejor la intensidad y las premoniciones con que Vallejo escribió poesía en sus últimos años, una vez vuelto de España tras asistir al Congreso de Escritores Revolucionarios en 1937. Su viuda y sus amigos estaban empeñados en que permaneciera viva su memoria, que para un poeta son ante todo sus versos. Y se pusieron manos a la obra, como recuerda Raúl Porras Barrenechea:

La edición de este volumen se hace gracias a la vigilante fidelidad de la compañera de Vallejo, quien ha descifrado paciente y amorosa-

mente los originales y ha mecanografiado ella misma toda su obra inédita. Un grupo de admiradores de Vallejo los da a la estampa, sin apoyo ninguno oficial. Entre tanto la obra restante de Vallejo, la más rotunda y fuerte personalidad literaria del Perú reciente, espera la hora imprescindible de su publicación. (Vallejo 1939: 158)

Enviaron copia de la parte *España en el corazón* a los amigos españoles, que la editaron, como queda ya dicho, en el Monasterio de Montserrat con un orden diferente de los poemas. Los dos libros son así como un posible testamento poético de César Vallejo, más amplio *Poemas humanos*, una valiosa hijuela parcial de este *España en el corazón*. Vallejo quintaesenciado en último término.

Volvamos al ejemplar número 125 y a su misterioso itinerario. Dos páginas antes del colofón, figuran los datos de la tirada, la calidad del papel y los nombres de algunos ejemplares destinados, que reproduzco fielmente:

SE HA IMPRESO 250 EJEMPLARES NUMERADOS  
SOBRE PAPEL, VERGÉ ANTIQUE Y VEINTICINCO  
EJEMPLARES SOBRE PAPEL DEL JAPÓN, NUME-  
RADOS DEL UNO AL VEINTICINCO, QUE CONSTI-  
TUYEN LA EDICIÓN ORIGINAL.

EJEMPLAR N° 125

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS DE REPRO-  
DUCCION, ADOPCIÓN Y TRADUCCION EN TODOS LOS  
PAISES, INCLUSO CHILE, COPYRIGHT, 1939 BY  
LES PRESSES MODERNES.

SE HA TIRADO EJEMPLARES ESPECIALES PARA  
RAUL PORRAS BARRENECHEA, ALFREDO GONZA-  
LES PRADA, RAFAEL LARCO HERRERA, RICARDO  
VEGAS GARCIA, JUAN E. RIOS REY, ENRIQUE  
PENA BARRENECHEA, LUIS BENTIN MUJICA Y  
NICAMOR MUJICA.

En libros como este, compuestos por cajistas de otra lengua, hasta los errores ortográficos o las erratas incluso en los nombres propios son bellos. Cada detalle acentúa su singularidad y debe ser respetado.

¿Adónde han ido a parar todos aquellos libros? Los destinados han debido vivir las circunstancias y destino de sus dueños. Georgette de Vallejo debió llevarse una parte de la edición a Perú, aunque no sin complicaciones en su equipaje transatlántico. Del resto nada

se sabe, salvo algo de los que viajaron a Zaragoza en un acto de amistad generosa. Ni siquiera sabemos cuántos llegaron aquí, pues solo hemos asistido al final del camino de algunos, como ya he contado. Uno quisiera saber cuál ha sido el destino de cada uno de ellos, si viven aún en unas manos lectoras o si se consumen cubiertos de polvo en un estante olvidado. O sencillamente si han acabado ya su vida. No cabe mejor ni más lógico destino a unos *Poemas humanos*.

Mientras escribo estas páginas, llega a mis manos un trabajo excepcional de Enrique Ballón Aguirre: “Manuscritos poéticos de César Vallejo. Edición diplomática” (2018). Es la culminación de una vida de estudio de uno de los más fieles y rigurosos estudiosos del poeta peruano, teniendo siempre a su lado a Georgette de Vallejo, quien le entregó todos los manuscritos del poeta, que reproduce con fidelidad y estudio admirables. Parte tratan sobre la obra que aquí importa. Deshacen de una vez por todas la falsa discusión sobre la fecha de los poemas y su ordenación: Vallejo corregía incansablemente y solía fechar las versiones más recientes como si fueran poemas nuevos. Georgette insistió una y otra vez en aclararlo para evitar pretenciosas construcciones estructurales académicas de los libros.

Pero no es en esto en lo que quiero fijarme, sino en algunos detalles simplemente curiosos sobre el destino de aquella edición célebre: Georgette solo conservó un ejemplar, el número 28, que es el que utiliza Enrique Ballón en su investigación, y recuerda un comentario de la viuda del poeta sobre un detalle que le llamó la atención solamente veintinueve años después de realizar su publicación: aunque ella aportó los originales, ni siquiera figura como uno de los destinatarios de los ocho ejemplares especiales, constatando al comprobarlo que estaba por entonces realmente más sola que una piedra (Ballón Aguirre 2018: 61 y ss.).

Me hacen pensar estas declaraciones y datos en que se llevó pocos libros a Perú o que se fue desprendiendo generosa de ellos hasta no quedarse más que con uno, el número 28. Me resisto a creer que en su equipaje iba solamente este ejemplar. Debió viajar con algunos más. Guardó, eso sí, con fidelidad extraordinaria, todos los originales manuscritos y mecanografiados hasta el final de su vida, que dedicó en gran parte a salvar y a difundir el legado del poeta.

Otras declaraciones de esta mujer son igualmente conmovedoras por la dignidad con que asumió su destino. Previene una y otra vez contra supuestas ediciones definitivas o canónicas. Lo sabía bien

después de haber estado muchas horas descifrando y pasando a limpio aquellos poemas manuscritos. Ni siquiera el título *Poemas humanos* (1928-1938) era un título definitivo para Vallejo, quien solamente en uno de sus carnés escribió en París, el 20 de septiembre de 1929, un título provisional y aproximativo: “Libro de *poemas humanos*”. Fueron ella y Raúl Porras Barrenechea quienes decidieron el título, aunque les disgustaba a ambos.

Hoy resultaría una locura proponer un título para esta gavilla de poemas que no fuera este, sabiendo su peripecia y, sobre todo, conociendo su singular contenido, la horma única con la que César vallejo fue construyendo en su madurez sus mejores poemas, buscando expresar con la mayor precisión lo esencial de su visión de la condición humana.

Con lo dicho hasta aquí, acaso se comprenda un poco mejor por qué me gusta leer y releer a César Vallejo en esta edición, sin prejuicios filológicos y eludiendo cualquier tentación erudita o comparativa. Ante este libro me comporto como simple lector que él y no yo ha elegido, sabiendo sus peculiares avatares y que fue compuesto y editado en medio del dolor de quienes más querían a Vallejo para que perduraran sus versos. Es un vaso de frágil vidrio que aún retiene la fragancia primera de los versos de Vallejo. Y por eso lo manejo con cuidado, no vaya a quebrarse.

Así que, sin pretenderlo ni buscarlo, me he ido convirtiendo en un lector fetichista del poeta peruano. La lectura tiene algo de rito en libros como este. Como si continuara vigente la vieja idea que otorgaba a lo escrito cierta sacralidad y que con la poesía no debería perderse nunca del todo. Se acude a estos libros buscando acaso más que conocimiento, revelación, ese plus de deslumbramiento que uno espera siempre de la mejor poesía. Abro sus páginas al azar y me zambullo en ellas como quien se arroja a un pozo de aguas frescas. Cuando vuelvo a la superficie, chorrean por mi cuerpo los versos de Vallejo, cada letra una gota. Me quedo con un verso o con una idea, los dejo que se sequen y se desvanezcan, renunciando a cualquier ejercicio de exégesis. Este es un libro bautismal y hay que dejar que opere como hace el misterio en los ritos, sin saber cómo o por qué.

*Poemas humanos* es uno de los amuletos que guardan mi casa de los enemigos de la poesía. Lo leo de tarde en tarde, escuchando atento y silencioso la voz del poeta. Tal vez con más tiempo llegue a entenderlo. O no. Qué más da. Entretanto, lo leo siempre fiel al

aforismo juanramoniano: “En ediciones diferentes los libros dicen cosas distintas”. Y casi siempre, me digo, misteriosas.

## **Bibliografía**

BALLÓN AGUIRRE, Enrique (2018): “Manuscritos poéticos de César Vallejo. Edición diplomática”. En: *Texto/ Textes el cultures XXIII-2*, 1-640.

VALLEJO, César (1939): *Poemas humanos (1923-1938)*. Paris: Les Éditions des Presses Modernes au Palais-Royal.